

¡ALERTA CRISTIANO!

¡ESPAÑA Y TODA EUROPA SE ESTA DESCRISTIANIZANDO!

Queridos amigos: Es tremendo lo que está pasando; estamos en tiempos apocalípticos y España se ha convertido en la horrible Babilonia que nos anunciaba el Apocalipsis: "*Babilonia la grande, la madre de las fornicaciones y abominaciones de la tierra...* La que en el 36 *se embriagaba con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús*, hoy sus copas rebosan de inmundicia y fornicación (Ap. 17, 4-6).

Desde los tiempos de Cristo, nunca la Iglesia española fue atacada tan duramente, tan tenaz y solapadamente como lo es ahora en nuestros tiempos. Nunca los enemigos del alma: el demonio, el mundo y la carne, nos hicieron tanto daño como el que nos hacen ahora con el terrible invento de la televisión.

La televisión, es algo tremenda: un arma poderosísima de una fuerza de persuasión incalculable. ¡Lástima que no la tengamos los cristianos para hacer apostolado!. Hoy, por desgracia está en poder del demonio y de los que trabajan para él. Es terrible el daño que nos hace, sobre todo entre los incautos que la ven sin cautela y sin la precaución que es necesario para cortar con rapidez en el momento preciso. Lo mejor sería no verla nada; pues fuera de los partidos de fútbol y las noticias, casi todo lo demás está corrompido y envenenado por el diablo. Y aún en medio de las noticias y de otros programas que aparentemente no son malos, le meten a Vd. algún anuncio con escenas pornográficas.

La televisión, es decir: el diablo y sus secuaces por medio de la televisión, en pocos años ya tiene corrompida a la mayor parte de la juventud y muchísima gente mayor, que es una pena. Si esto sigue así -y no veo como pueda cambiar-, España se paganizará por completo y per-

derá totalmente la fe.

Cuando la Virgen de Fátima dijo que en Portugal no se perdería la fe, ¿qué otra cosa quiso decir sino que en los demás países la íbamos a perder?. Y ¿sabéis por qué en Portugal no se perderá la fe? - Porque con la misma arma avasalladora de la televisión que ataca el diablo, se defiende también la Iglesia de ese país, con un canal de su propiedad, cosa que debiera haber hecho en España.

El demonio en estos últimos tiempos está redoblando sus ataques por nuestro flanco más débil, la carne, con las batallas más audaces y desvergonzadas de la más descarada pornografía, y por el medio más arrollador como es la televisión.

Si quieres saber cómo por este medio asegura él su victoria, escucha lo que al respecto nos dicen algunos de los Santos Padres.

San Juan Crisóstomo, hablando del teatro se expresa así:

«Dicen algunos: ¿qué mal hay en esto?. Y esa es mi principal amargura; que estás enfermo y no sabes que los estás, ni llamas al médico. Te has quedado lleno de ideas impuras y preguntas ¿qué mal hay?. ¿Es que nunca has oído las palabras de Cristo: *Todo el que mire lascivamente a una mujer ya ha pecado* (Mt. 5, 28)?. ¿Y a mí qué -dirás- si yo no miro lascivamente?. Mas ¿cómo me podrás persuadir de ello?. Porque el que no pueda refrenar su vista, sino que pone tal empeño en darle gusto, ¿cómo después de haber mirado podrá quedar en pie?. ¿Tienes acaso cuerpo de piedra?. ¿lo tienes de hierro?. De carne estás vestido, y de carne humana, que se inflama con la concupiscencia más fácilmente que el heno. Y ¿qué digo en el teatro? en la calle me turbo yo si me encuentro con alguna mujer. Y tú, sentado

en el palco, donde hay tantos incentivos de lujuria, viendo a una meretriz que sale con la cabellera suelta moviéndose con gran desvergüenza, con vestidura de oro, consumida por la liviandad y malicia, cantando canciones obscenas, versos lúbricos, diciendo palabras desvergonzadas y haciendo tales gestos, cómo sólo tú que los viste te puedes figurar, ahora miras al suelo y te atreves a decirme que a tí no te pasa lo que a los demás hombres?. ¿Es tu cuerpo de piedra?. ¿Es de hierro?. ¿Eres tú más firme que aquellos grandes y generosos varones, que por sólo una mirada fueron derribados?. ¿No has oído lo que dice Salomón?. ¿Podrá nadie andar sobre brasas encendidas y no quemarse los pies?. *¿podrá nadie guardar el fuego en su seno y no quemarse los vestidos?. Tal es el que comunica con mujer ajena* (prov. 6, 27-29).

Y aunque esa deshonestidad, con tu deseo la consumaste y con tu pensamiento cometiste el pecado. No acabó allí, porque no solo en aquellos instantes, sino aun después del teatro, aunque la meretriz ya se ha retirado, tú aún llevas grabada su imagen en tu alma, con sus palabras, con sus gestos, sus miradas, su paso, sus movimientos candenciosos, los meneos de su impuro cuerpo... ¡Y así te retiras traspasado de innumerables heridas!

¿De dónde sino de aquí las ruinas de la familias?. ¿De dónde la pérdida de la vergüenza y castidad?. ¿De dónde la división de los casados?. ¿De dónde sus guerras y rencillas?. ¿De dónde esos desabrimientos tan sin juicio?. Porque después que te llegaste a tu casa saciado de aquella, ya tu esposa te parecía más desapacible y fastidiosa... Y es que no volviste solo a casa, sino llevando contigo a la meretriz, no descubierta manifiestamente (que sería más leve daño, porque pronto la apartaría tu esposa), sino sentada en tu pensamiento y conciencia, encendiendo dentro de tí un horno de Babilonia, y todavía más terrible que aquel, pues no tiene por combustible estopa, nafta y pez, sino todo lo que ya hemos dicho...

Y no me digáis: Han sido pocos los

extraviados. Aunque sean sólo diez, no es pequeña la pérdida; y aunque hayan sido sólo cinco, ó sólo dos o tan solamente uno. También aquel buen pastor dejó por esto las noventa y nueve ovejas, y corrió tras la una, y no volvió hasta traerla consigo, y llenó el número de cien. No me digas, pues, que es una; sino acuérdate que es un alma por la que fueron creadas todas las cosas visibles, por la cual se instituyeron leyes y castigos, y por la cual ni siquiera perdonó a su Hijo Unigénito. Piensa bien qué precio se dió por sólo uno, y no desprecies su salvación; antes sal a buscarle y devuélvenoslo y persuádele que no vuelva a caer en lo mismo...» (Hom, contra los espectáculos).

Hasta aquí son palabras de San Juan Crisóstomo, uno de los Santos Padres más importantes, y el más destacado después de San Agustín. Y pues, si así se preocupaba él por la ruina que le ocasionaba el teatro, donde como él mismo dice, todos los cristianos que pudieran haber ido a él no superaban el número de diez, ¿qué diría si viviera hoy entre nosotros y viera los escándalos de la televisión, que no solamente perjudican a ocho ó diez, sino que son millones y millones los que corrompen y suicidan sus almas por causa de este instrumento demoniaco?.

Pero por si acaso creyese que solamente los Santos Padres pensaban así, veamos lo que nos dice un Santo de nuestros tiempos, y que es además Doctor de la Iglesia y el Príncipe de los Moralistas católicos, San Alfonso M.^o de Liguorio:

«¿Dices que Dios transige con este pecado?. Pues te diré que San Remigio, citado por Santo Tomás de Villanueva, afirma que de los adultos pocos son los que se salvan, por culpa del pecado de la carne. Y el P. Séñeri dice que de los que se condenan, tres cuartas partes es por los pecados deshonestos...».

A continuación trae el Santo una serie de ejemplos terribles, de almas condenadas por los pecados de la carne, y termina exponiendo los remedios.

«El remedio más eficaz en esta materia, es, por cierto, el huir de la ocasión. Este

es, generalmente hablando, el principal de todos los medios para ser casto. Excelentes son, a decir verdad, la frecuencia de Sacramentos, el acudir a Dios en el momento de la tentación y la devoción a María Santísima, pero por encima de todo está la huida de las ocasiones. La Escritura nos dice: *Será vuestra fortaleza com estopa en llamas... que no habrá quien la apague* (Is. 1, 31). Nuestros mejores propósitos serán como estopa sobre el fuego, que enseguida arde y desaparece. ¿No sería un milagro que la estopa no ardiera? Pues milagro sería también ponerse el hombre en la ocasión y no caer. Escribe San Bernardino de Sena que «ponerse en la ocasión y no pecar es mayor milagro que resucitar a un muerto». Y San Felipe Neri solía decir que, en esta guerra de los sentidos sólo vencen los cobardes, es decir, los que huyen de las ocasiones de pecar.

Y no digas: «Espero que Dios me ha de ayudar», pues el mismo Dios ha dicho: *Quien ama el peligro, perecerá en él* (Eclo, 3, 27). Dios no ayuda a quien voluntariamente y sin necesidad se mete en la ocasión. Y tengan además presente que el que voluntariamente se pone en ocasión próxima a pecar, por ese hecho mismo ya ha pecado, aún cuando no tuviera intención de realizar la acción pecaminosa a que se expone...

Puestos en la ocasión, hasta los Santos cayeron, y hasta moribundos que, estando ya poco menos que exhalando el último suspiro, pecaron.

Huyamos, pues, de la ocasión si queremos salvarnos.

Por consiguiente: Guardémonos de poner la vista en personas que pudieran despertar en nosotros malos deseos. «Por los ojos -escribe San Bernardo- entra en la mente la flecha del impuro amor». Por los ojos entran en el alma los dardos que la matan.

Por ello el Espíritu Santo nos dice: *«Aparta tu rostro de mujer muy compuesta* (Eclo, 9, 8). Pero ¿qué?; ¿por ventura es pecado mirar a las mujeres?. Por de pronto es pecado venial fijar la vista en muje-

res jóvenes, y hay peligro que llegue a mortal si las miradas son insistentes...» (S. Ligorio Instrucción al pueblo, p. 1. c. 6).

Pues si el Santo Doctor y Principe de moralistas, considera que no se librará de pecado todo aquel que fije su vista en una mujer joven, por el simple hecho de ser una mujer joven, ¿cómo se podrá librar del pecado aquel que se complace en mirar a las prostitutas que continuamente aparecen seductoras en televisión?.

Y si San Juan Crisóstomo consideraba que por sólo uno que fuera al teatro, merecía que por él derramásemos ríos de lágrimas, pues Cristo derramó por él toda su sangre. ¿Qué debíamos hacer nosotros cuando sabemos que no son uno, ni dos, ni cinco, ni diez los cristianos que ven los escándalos de la televisión, sino que son muchos miles y hasta millones?. Si solo un alma que se condene es un mal mayor que la muerte catastrófica de todos los hombres, y aun que la destrucción completa del mundo, ¿cómo podremos estar indiferentes ante un mal tan desastroso y grande como es la pornografía de la televisión. ¡Ay infeliz de tí, si estuviera en tu mano poder hacer algo para cambiar las leyes que permiten estos desastres, si no lo haces!. ¡Ay de tí si en tiempos de elecciones no votares para el partido que pudiera evitar algunos de estos males!. Piénsalo bien y no seas inconsecuente, pues el día del juicio no nos pedirán cuenta solamente de todo lo que hicimos, sino también de todo lo que pudimos hacer por la salvación de los demás.

¡SE NECESITAN VERDADEROS APOSTOLES!

Necesitamos apóstoles de la talla de San Vicente Ferrer, de un San Leonardo de Portomauro, de un San Juan de Avila, de un Beato de Diego de Cádiz, de un Santo Cura de Ars, y de un San Antonio M.^a Claret. Ellos con sola su palabra desnuda, sin micrófonos ni altavoces, atraían a las multitudes que no cabían en los templos ni en las plazas públicas, y aquellos grandes auditorios, conmovidos por su palabra, eran arrastrados a la penitencia y a

la conversión.

¿Qué hubieran hecho ellos si se hubieran hallado en nuestro lugar y hubieran podido disponer de los micrófonos, de los altavoces, del cine, de la radio, y sobre todo, de la arrolladora televisión?. ¿Creéis que hubieran despreciado estos medios, prescindiendo de ellos como nosotros, y los hubieran dejado en las manos del diablo para vernos ahora como nos vemos?. ¡Oh Dios mío, qué cuenta tendremos que dar a Dios!. Otra vez más se ha cumplido aquello que dijo el Señor: «*Los Hijos de este mundo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz*» (Lc. 16, 8).

Cuando yo veo a los políticos en tiempos de elecciones cómo no duermen ni descansan viajando cada día cientos de kilómetros y pronunciando incansables e ininterrumpidos discursos, hasta quedarse roncos, por conseguir unos votos, se me angustia el alma y me lleno de tristeza al comparar lo que son capaces de hacer ellos por conseguir votos para sus partidos, y lo poco que hacemos nosotros por ganar almas para el cielo.

HAGAMOS MAS APOSTOLADO

Si no somos capaces de imitar aquellos grandes apóstoles, porque no tenemos su elocuencia ni su espíritu, hagamos siquiera algo que es mucho más fácil y de lo que fue pionero San Antonio M.^o Claret. Porque este gran Santo no se contentaba con predicar y confesar y administrar sacramentos, sino que organizaba bibliotecas parroquiales y fundaba librerías para que la divina palabra no se limitara a solo cuando predicaba, sino que allí quedaba en los libros, para que los hambrientos de la buena doctrina pudieran saciar su necesidad siempre que les apeteciera. Tanto era lo que apreciaba los buenos libros que solía decir que no había mejor apostolado que la propagación de los buenos libros, ni había mejor limosna que se pudiera hacer que la de regalar y proporcionar a

todos las buenas lecturas.

En estos tiempos tan tristes y calamitosos que nos ha tocado vivir, tiempos apocalípticos, como hemos dicho al principio, nadie podrá ser buen cristiano y ni siquiera podrá salvarse, si no utilizare bien estas dos armas que Dios pone a su disposición: la lectura de libros santos y la oración. Lo más importante es la oración; el acostumbrarse a hablar con Dios y pedirle ayuda.

Jesucristo nos aseguró que sin su ayuda *nada podemos hacer* (Jn. 15, 5), y menos vencer en una tan gran pelea; por otra parte, nos prometió ayudarnos; pero sólo a condición de que se lo pidamos (Mt. 7, 7). Por eso es necesario *orar, para no caer en la tentación* (Mt. 26, 41).

Pero también es importantísimo leer libros espirituales: en estos tiempos, quienes no estén bien preparados, por la asidua lectura de libros santos, se exponen a un gravísimo peligro de ser vencidos. La lectura espiritual es la mejor colaboradora para hacer bien la oración. Con la lectura y la oración nos haremos fuertes y animosos para resistir y vencer todos los asaltos del enemigo.

Se recomienda sobre todo la lectura de el NUEVO TESTAMENTO, y principalmente los SANTOS EVANGELIOS. Pero no se deben de leer de corrida muchas páginas a la vez, sino más bien despacio, pausadamente, parando cada poco a reflexionar y a pedir a Dios luces para entenderlo y para que nos dé la determinación y las fuerzas necesarias para poner por obra lo que Dios nos inspire que debemos hacer.

Y si no sabes dónde comprar un buen lote de libros, puedes pedirlos al:

APOSTOLADO MARIANO

C/. Recaredo, 44

41003 - SEVILLA

Y por mil pesetas puedes recibir un lote con los mejores libros.